

El cuerpo poético de la comunicación

La primera persona respira en el colectivo del que yergue y fusiona para nombrar un tejido insurrecto de conceptos nacidos en el fuego de las personas, la política colectiva y la comunicación popular.

por **Claudia Villamayor**
foto **Gonzalo Giachinno**

Después de atravesar la Costa Atlántica de Nicaragua, antes de ir rumbo a la radio Caribbean Pearl a trabajar con las compañeras de la Universidad Indígena en la gestión de la radio y en el seminario de Comunicación y Cambio Social, apareció ese impulso desenfrenado que sólo nace cuando llama la vida/escritura. Que para mí es la comunicación. La escritura que habla es mucho más que su propia literalidad. Escritura de umbral que no es estrictamente automática. La escritura como derecho del habla singular que deviene impronta, como el habla popular.

Me siento a solas y escribo: la comunicación.

Es viaje que singulariza la propia existencia que siempre es en relación. La subjetización de cada quien en la trama colectiva. Personas, géneros, identidades culturales, sexuales, el amor, el odio, la naturaleza, los aromas, los sonidos, los climas, las situaciones, las sensaciones, los movimientos, los espacios, los gestos, las lágrimas, las tecnologías, el riesgo, la incertidumbre, el peligro, la amenaza, la alegría, el dolor, el planeta, las contradicciones milenarias, ancestrales, la violencia y la paz, la diferencia, los conflictos, la política, el erotismo de los cuerpos. La subjetización que se inscribe en ese um-

bral desconocido que se revela al corazón atento para dejar emerger la infinita significación que nunca, pero nunca, puede atrapar el lenguaje.

La comunicación es cuerpo que habla, destierra de sí el palabrerío genérico carente de entrega. La significación siempre es situada y dispara multiplicidad de modos de existencia y de nombrar el mundo. Respiro, aliviada, América Latina no es una abstracción. Es infinidad de universos: para conocerlos hay que transitarlos en el propio cuerpo para entrahablarse con las cosmogonías que lo habitan. Imposible abstraer sin vivir en la metáfora del propio cuerpo que existe, aquí y ahora en un lugar determinado y con otras personas. El mundo acontece allí en el tránsito de la significación del propio cuerpo que dice y es hablado.

Sentí. En cada intersticio, ahí. ¿A dónde van? ¿A casa?, ¿llegaron a casa? Sí. Y en casa, en Pearl Lagoon, hay un tinglado gigante a donde fueron casi todos y todas. Yo los seguí, tenía tiempo.

Entré. Había una mesa y tres personas sentadas de traje-. Ellos dos de traje azul, ella de saco celeste y falda en degrade. Representaban a una compañía norteamericana inglesa que estaba a punto de instalar un hotel cinco estrellas para turistas internacionales que llegaban en cruceros y que gracias a eso, decían, to-

do el mundo tendría trabajo. Comienza la Conferencia de prensa debajo del tinglado con los pobladores dentro y fuera del tinglado. Había medios locales. Los internacionales y hasta los nacionales brillaron por su ausencia.

-Doctor, el hotel puede despedir desechos que contaminan el agua y matan peces que nosotros pescamos para alimentarnos- dice un lugareño.

- Existen productos que purifican el agua- Contesta la señora en un inglés modulado.

Mi cuaderno de viaje, de escritura dislocada sin perder el aire periodístico narrativo, no para de rogar que lo escriba. Es lo que hago.

-Le digo señora que yo hace años que pesco en el mismo mar, que en la prueba de recorrido en sus lanchas ha vuelto medio locos a los animales y las plantas se ensucian. El sabor cambia. El color de los peces también. Mire, ve? En esta foto el cardumen se hace amarillo como el maíz de nuestros campos, y estos otros marrón como la mejor cosecha de frijoles, y en esta otra foto se han puesto opacos!!!-

- Señor, una foto no representa al océano. Muchos menos dos.

Aparecieron cataratas de fotos que las personas pobladoras habían sacado con sus celulares dentro y fuera del mar. Vivos o muertos los peces. Junta-



ban testimonios y pedían revisión de las condiciones sanitarias que puede ofrecer el futuro emprendimiento, el cuidado del ambiente, la preservación de la fuente de alimentos del lugar. A cada prueba, una respuesta que presentaba papeles con la concesión otorgada para realizar el hotel en uno de los cayos más famosos de la costa atlántica nicaragüense.

En la tierra de Sandino, de la revolución sandinista de 1979, veinte cuatro años después, el coloniaje avistaba nuevamente por la vía del turismo comercial. Los tiburones me parecieron mansos al lado de los trajeados representantes de la corporación.

De repente, del fondo de la muchedumbre, salió una rubia inmensa con un micrófono y un camarógrafo detrás. Dijo:

-Venimos de la radio y al televisión indígena de la URACAAN. ¿Donde están los representantes del Estado? – Un silencio incómodo dio lugar a alguna tos burlesca. Como diciendo, ¿a ver que respondes ahora gringo?

- El Estado somos todos, nosotros no hacemos política, generamos trabajo dijo el hombre de traje azul. Me quede helada en medio del trópico, el sudor a granel se me hizo hielo por todos lados. La impunidad de la palabra que se hace ubicua como la mugre atravesó todo, todo. Mercadología de caracteres y oralidad

de traje gringo. Eso pensé.

La periodista de la radio universitaria, indígena y comunitaria tan blanca como sus entrevistados, oriunda del lugar, nacida y criada en el caribe entre garifunas, mizkitos y mayagmas, espectó algo en kreol que no entendí y toda la población debajo del tinglado estallo de la risa. Comenzaron a tocar tambores, primero suave, luego alto hasta tapan las autodefensa empresaria.

La personas bailaban y todo, todito era televisado. Aparecieron carteles: no a la contaminación de nuestros alimentos, no la contaminación de las aguas, No matarás la vida en el mar, No tomarás decisiones sin las comunidades, Justicia. Y así....

Entre carteles, aparecieron una bailarinas trans, altas, morenas, vestidas de brillos especialmente elegidos para la ocasión. Contorneando sus movimientos con danzas típicas, parecía agrandarseles las caras como un zoom cuando se acercaban a los trajeados. Se meneaban mostrando sus excentricidades frente a la señora de la falda en degrade.

Por el lado derecho apareció finalmente un monstruo de dos cabezas. Un invento de trapos cocidos sobre una estructura de chavales y chavalas como dicen en Nicaragua que subidos unos sobre otros y moviéndose sincronizados, armaron un monstruo de dos cabezas que venia a

echar a los conferencistas literalmente a patadas.

Ahhhh, humo, bocanadas de fuego largaba un trapequista sobre ellos. Y así innumerables gentes de Lagoon Pearl rodearon de incienso pero no de mirra a los empresarios hoteleros. Todos y todas gritaron: Fuera!!!! Fuera!!!! Fuera!!!! Un banda de enanos con bonetes los corrieron hasta la lancha. Se tuvieron que ir.

Al día siguiente, un tropel de restos del día anterior se hallaban tirados en el piso. Restos de la gesta dejaron señales para memorizar entre todos y todas. Allí, en el mismo tinglado, comenzamos el seminario comunicación, cultura y cambio social, 34 indígenas, 14 garifunas y yo. Hablamos de las prácticas de la comunicación popular que devienen políticas y se lanzan estrategias beligerantes cuando ya nadie quiere oír el clamor de los bárbaros.

La trama y el camino de un trayecto educativo estaba echada. Entra la panga y la subjetividad personal y colectiva un mundo genealógico para nombrar un tejido insurrecto de conceptos nacidos en el fuego de las personas, la política colectiva y la comunicación popular.

Me quedé dos meses trabajando, entendí la frase de Antonio Gramsci: La Indiaferencia es el peso muerto de la Historia.